

no nos extraña que la lengua rumana sea considerada el verdadero latín, “y no esa lengua inventada que, durante muchos siglos, ha pasado por ser la auténtica lengua latina”, como afirma un científico moldavo en la novela.

Y aunque la mayoría de los detalles tengan un sabor tan intensamente *Made in Moldavia*, al terminar de leer esta sátira el lector encuentra un aire de familia inquietante que universaliza los disparates que en ella se narran. Y a la espera de que se escriba una obra equivalente en castellano, en la que los políticos corruptos que a diario pueblan nuestras pantallas salgan tan mal parados como los que protagonizan estas páginas, nos tendremos que conformar con seguir leyendo a Lórchénkov. —



NOVELA

Madres e hijas



Valérie Mréjen
SELVA NEGRA
Traducción de Sonia
Hernández Ortega
Cáceres, Periférica,
2015, 88 pp.

ALOMA RODRÍGUEZ

Valérie Mréjen (París, 1969) escribe sobre las relaciones y la huella que dejan en nosotros. Debutó con un excelente libro sobre la historia de su peculiar familia, *Mi abuelo* (Periférica, 2007). En *El agrio* (Periférica, 2009) contaba una relación amorosa, pero lo hacía empezando por el final: la abrupta ruptura. A partir de ahí, como si rebobinara, volvía al inicio y recogía cada detalle como una manera de aplacar la pena. *Eau sauvage* (Periférica, 2011) era una especie de larga conversación con su padre, pero donde solo aparecían las intervenciones de él. *Selva negra* está dedicado a su madre y habla sobre todo de la muerte.

La madre de Mréjen murió cuando la autora era una adolescente,

diecisiete años si seguimos las fechas que da en el libro: sus dos hermanos pequeños descubrieron el cadáver la Nochevieja de 1985. En este libro contenido, breve y emocionante, Mréjen mezcla la reconstrucción de la relación con su madre con una lista detallada y anárquica, pausada y pulcra de diferentes maneras de morir —como si fuera un inventario que viene a confirmar la brevedad de la vida y la sinrazón de la muerte, siempre al acecho— y con un hipotético reencuentro entre madre e hija tantos años después.

Al poco de empezar el libro la narradora se pregunta: “¿Cómo retomar la conversación donde la habíamos dejado la última vez? ¿Por dónde deberíamos recomenzar? Sin duda por un clásico *qué tal estás*, aunque no tenga ningún sentido.” Un poco más adelante, escribe: “¿Qué noticias dar al cabo de veinticinco años? Los almacenes Printemps aún existen, los grandes bulevares también.” La narradora fantasea con el reencuentro con su madre, que volvería de la muerte y “Se sentiría extranjera”, “Todo le parecería insólito.” Imagina también lo que sentiría ella —“Yo tendría la impresión de sacar de paseo a una niña que despierta tras dos décadas de siesta”— y cómo actuaría —“La cogería del brazo como a una novia apocada, para avanzar entre la muchedumbre, espiaría en los ojos de los demás la sorpresa de vernos como si el mundo entero hubiera debido conocerla, me preguntaría en secreto si piensan que somos hermanas”—. Y de ahí surge otro de los temas del libro: la frustrante relación que madre e hija tuvieron. La narradora recuerda que de niña sentía “una admiración total” por su madre, a la que “encuentra casi intimidadora y extrañamente inalcanzable” y en la que ve un parecido total con Blancanieves. Mientras que “la madre se queja de tenerla pegada a sus faldas” y, ya de adolescente, “le repite una vez más que es una preocupación constante, que su presencia es insufrible, que le amarga la vida”.

Pero la narradora sabe que lo que cuenta es su interpretación subjetiva y pasada por el filtro de la memoria y “se pregunta si no habrá exagerado, si no habrá concedido demasiada importancia a simples entonaciones que otra persona menos pendiente ni habría oído”.

Selva negra conserva las virtudes de los libros anteriores de Mréjen, algunas de las claves de lo que las revistas francesas llaman “estilo Mréjen” y que, en realidad, tienen una larga tradición: la precisión, que no haya más palabras de las estrictamente necesarias; el espacio entre los párrafos, dejado —según ella misma ha contado en alguna ocasión— para que el lector pueda proyectarse; la aparente indolencia o indiferencia de la voz narrativa, o el hecho de contar solo una parte de la historia, los detalles, siguiendo una especie de escritura en iceberg en la que parece ser más importante lo que no se cuenta que lo que se cuenta. Pero a esos encantos se añaden algunos nuevos: Mréjen prueba aquí con la tercera persona —*Eau sauvage* estaba escrita en segunda persona— y proyecta sus sensaciones y deseos sobre unos personajes apenas dibujados en dos o tres párrafos. También se atreve a hilar frases largas, alejándose de ese estilo breve, de frase corta, rápido y directo. El crecimiento de Mréjen como escritora, que se demuestra en este adentrarse en terrenos no tan conocidos y no instalarse en la comodidad, ha ido acompañado de un cambio de editorial: de la coqueta Allia a P.O.L., donde publica, entre otros, Emmanuel Carrère.

Selva negra establece un diálogo con otros libros que ahondan también en la relación madre hija, como *Nada se opone a la noche*, de Delphine de Vigan, *Mauvaise fille*, de Justine Lévy, *Una mujer*, de Annie Ernaux, *Un dique contra el Pacífico*, de Marguerite Duras —su maestra confesa—, *Las furias*, de Janet Hobhouse, o, de una manera distinta, la trilogía napolitana de Elena Ferrante. También tiene

ciertos ecos de *Léxico familiar* de Natalia Ginzburg. Mréjen es especialista en algo tremendamente difícil: convertir en universal lo que es íntimo e individual. —



ENSAYO

¡Qué envidia!



Anna Caballé Masforroll y Randolph Pope
¿POR QUÉ ESPAÑA?
MEMORIAS DEL HISPANISMO ESTADOUNIDENSE
Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014, 656 pp.

MANUEL ALBERCA

El lector ha ido rumiando en silencio cada una de las veintiuna autobiografías de otros tantos hispanistas que enseñan en universidades de Estados Unidos. En silencio ha comparado el derrotero de estos profesores con el propio. Pero, ya se sabe, las comparaciones son odiosas y temerarias: miden cruelmente la distancia entre la realidad de sus universidades y las nuestras.

Mientras leía, iba diciendo para mí que no merecía la pena, que incluso era masoquista hacer una comparación de este tipo, porque al final la realidad aplasta nuestros medios y provincianos principios, y uno no tiene más remedio que reconocer lo que estaba reprimiendo: ¡Qué envidia! ¡Qué envidia producen las autobiografías académicas de estos universitarios!

El título del libro es atractivo, pero parcial. El gran tema de estos docentes es sin duda la relación con España y su cultura, una relación apasionada, como cuenta Linda Gould Levine. Pero también podría titularse “¿Cómo se hace un buen profesor?” O, lo que es lo mismo: ¿cómo se mantiene la tensión por saber y enseñar y cómo se puede organizar la enseñanza universitaria para salir del colapso en

que nos encontramos? Como digo, es inevitable la comparación, pero en ella no salimos bien parados. El sistema universitario estadounidense propicia abrir nuevas líneas de conocimiento, invita al trabajo personal y en equipo, a la movilidad y la promoción. Sin embargo, tampoco debemos imaginar los campus norteamericanos como una arcadía, porque existen rencillas y abiertas hostilidades en los departamentos igual que en España, como muestra el testimonio de David K. Herzberger, y como hiperboliza el de Joan Ramón Resina *ad maiorem gloriam*. Una nota negativa más: se percibe en muchos de los hispanistas un excesivo protagonismo de la teoría literaria a la moda de cada momento, que les hace dar bandazos en el estudio de los textos literarios (claro que nosotros pecamos de lo contrario). En cambio, ¿qué prima nuestro sistema universitario? En líneas generales, la endogamia y la parálisis. En este sentido *¿Por qué España?* es un espejo en el que mirarnos a través de la experiencia ajena.

Casi todas las universidades estadounidenses tienen departamentos de español. Hay 1.400 departamentos en los que se enseña y se investiga la cultura hispánica. Una realidad que responde también al hecho de que cuarenta millones de estadounidenses hablan nuestra lengua. Las mejores universidades tienen también los mejores departamentos de español. Están llenos de profesores que demuestran su interés por nuestra lengua, literatura e historia con una mentalidad abierta, sin prejuicios, curiosos de indagar y para conocernos mejor. Cuando acusamos a los Estados Unidos de autarquismo cultural, convendría pensarlo dos veces, pues sus élites demuestran gran interés por las culturas ajenas. Acercarse al otro no es solo una prueba de curiosidad sino de generosidad. Estudiar la historia, la cultura o la literatura de un país que no es el propio supone conocer sus problemas y peculiaridades con el deseo de querer entenderlos y compartirlos.

Comprender al otro es la forma más profunda y generosa de conocimiento. En el caso de los hispanistas este acercamiento se convierte en un destino vital y en una voluntad apasionada. También, como muestra el magnífico testimonio de Patricia Hart, el contacto con España y lo español, y con los españoles, supuso para su vida un estímulo y una vía de enriquecimiento personal. Una parte de estos tuvieron la suerte y el acierto de convertir los estudios hispánicos en un soporte para pensar también en sí mismos y en sus vidas. El interés de la mayoría de estos veintiún hispanistas (hay también excepciones, como veremos) es noble y tiene altura de miras, pues han superpuesto e incluso han antepuesto a su lengua, historia o literatura las nuestras. Las hicieron suyas unas veces por azar, pues sus vidas parecían estar trazadas en otra dirección: Lily Litvak, que escribe una hermosa y sabia autobiografía, fue química antes de que la literatura la llevase a su querencia verdadera; Anthony J. Cascardi dejó una prometedora carrera en el mundo de los negocios; Michael Gerli, de inicial formación farmacéutica, estaba llamado a hacerse cargo de una empresa familiar de cosméticos. En otros influyeron razones familiares: Frederick de Armas lo atribuye en parte a ser sobrino-bisnieto de Galdós. Pero la mayoría de estos testimonios apuntan que la elección unió la necesidad de profundizar en la cultura española con el estímulo personal. Edward H. Friedman reconoce que el reto de zambullirse en España durante un año fue el mejor ejercicio para doblegar su timidez e inseguridad adolescentes. Por su parte, Lou Charnon-Deutsch confiesa que el interés por lo español se lo debe “a las hormonas”, pues se enamoró de un joven panameño. Como se puede comprender, el punto de partida es muy variado, pero a todos les une su amor por España y Latinoamérica. En un libro que es por tanto una declaración de amor la excepción contradictoria la pone el testimonio